

# aquí, MADRID



Escribe:

JOSE  
MONTERO  
ALONSO

## RECUERDO EN EL MURO

De vez en vez, en las fachadas de algunas casas de Madrid son colocadas unas placas que recuerdan al que pasa que allí vivió, trabajó y seguramente sufrió un poeta, un novelista, un músico, un pintor o un autor de teatro. Está bien el recuerdo, porque la vida va muy de prisa; la gente está muy materializada y aquel mundo del espíritu interesa, ¡ay!, muy poco.

Durante los años que Joaquín Calvo Sotelo gobernó la Sociedad de Autores abundó esa forma de tributo sentimental que es la placa en unos muros de la ciudad. Se pusieron, con toda justicia, unas cuantas: desde una a Valle-Inclán a otra a Enrique Jardiel Poncela.

Quizá ese deseo de recordar a quienes no están ya con nosotros puede parecer a algunos—la vida, dicen, va de prisa...—fuera de tiempo. No es así, claro. Una de las cosas que ennoblecen a gentes y países es el recuerdo a esas vidas que dieron mucho, que acaso personalmente sufrieron y se truncaron, absorbidas y gastadas por su sueño de entregarse a los demás.

La placa, la memoria de tales artistas se cultiva amorosamente fuera de aquí, a veces hasta límites que entre nosotros no se comprenderían. En Roma, por ejemplo, en la fachada de una casa hay una placa que recuerda que por aquella ventana se asomó Verdi para recoger la aclamación popular tras el estreno de su "Falstaff". Ahora, en Francia, con ocasión del centenario de Marcel Proust, va a ser colocada una lápida en una de las casas en que vivió el escritor de "A la busca del tiempo perdido". Y uno recuerda el íntimo orgullo con que, en Moscú, hace unos meses, una guía del Inturist señalaba una casa, casi conmovida la palabra.

—Allí vivió Tschaiowsky.

En Viena abundan las placas referentes a recuerdos beethovenianos. Algunas de las casas que tienen tales placas no son ya las que habitó el músico. Sin embargo, en la nueva casa que ha sustituido a la antigua se ha querido, amorosamente, que siguiese la lápida indicadora del sentimental recuerdo. Es, en fin, en todas o casi todas partes el mantenimiento de una memoria y de una gratitud hacia quienes en ese campo del Arte honraron a su país.

No pasa así entre nosotros, pese al acierto y al logro de aquellas placas puestas por la Sociedad de Autores. Su entonces presidente Joaquín Calvo Sotelo conoce los sinsabores que su noble deseo le valió algunas veces. Por ejemplo, no pudo colocarse una lápida en la casa en que trabajó y murió Enrique Jardiel Poncela. La propiedad de la casa se opuso. Y el recuerdo hubo de llevarse a otra de las viviendas habitadas en Madrid por el autor de "Amor se escribe sin hache". Claro que el caso tenía precedentes. Cuando murió el maestro Ricardo Villa—un madrileño que fue auténtico orgullo de la ciudad—tampoco se quiso que la placa recordatoria se pusiese en la casa en que él vivió, trabajó y murió, en la calle de Ciudad Rodrigo. Hubo de ponerse—allí está—en el muro que da a la contigua calle de Bringas.

Mas no importa. Pese a todo, hay que seguir encendiendo estas lamparitas de recuerdo por quienes no están ya con nosotros.